

# ALBUM DE SEÑORITAS

Y

## CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.



### INSTRUCCION.

#### HISTORIA DE LA MUJER.

##### *Las Celtas.—Las Eleas.*

Continuando la historia de la Mujer, esa magnífica epopeya de la humanidad, hojeando las antiguas crónicas, los libros de los mas célebres escritores, hallamos en Plutarco, ese sublime historiador del hombre, que tan bien ha sabido pintar-nos hasta los sentimientos mas recónditos del corazon, escelentes páginas consagradas á las Celtas, heroínas de la paz, como las Argivas lo fueron de la guerra.

El nombre de Celtas era una denominacion tan general, que casi comprendia á los habitantes de todo el continente europeo, y con el cual el griego Eforo, que fué el inventor, ni tuvo ni pudo tener alguna consideracion al origen y las lenguas de los pueblos, cuya existencia le era desconocida. Esta denominacion, llegó á ser con el tiempo un nombre genérico, bajo el cual se comprendian los otros pueblos del mismo continente á medida que se les conocia.

Los hombres de una region céltica, cuando mas necesitaban la armonía entre sí, porque se aprestaban á pasar los nevados Alpes para internarse en Italia, se destrozaban crudamente por asuntos domésticos, estando tan escitadas sus pasiones, que les dividieron en partidos. Aumentado su furor, se hacia inminente la guerra civil, esa calamidad de los pueblos, infortunio de la humanidad.

Armáronse los vecinos, los amigos, los parientes, los hermanos, los padres, los hijos, unos contra otros, mirándose todos como encarnizados enemigos. Pronto estaban para la pelea: solo se aguardaba la señal para blandir el arma homicida y derramar con ella la sangre de un objeto querido, quizá la del mismo autor de la vida del asesino, que así olvidaba sus deberes por atender á sus pasiones bárbaras, inhumanas, á esos impulsos del orgullo y de la vanidad que ciegan al hombre, que le hacen degenerar de su especie, y adulterar la bondadosa magnificencia de su sér.

Cuando tal era el estado de aquellos hombres, comprende la mujer su mision. Sin tener la debilidad de participar de las pasiones de aquellos á quienes esta-

ban sometidos, sienten en su mente una inspiracion sublime, en su alma la resolucion de un hecho grande, en su corazon el heroismo del sacrificio, al que se prestaban si los hombres desoian sus ruegos y les ofendia su mediacion; y en el momento en que uno y otro bando iban á chocarse, y se iban á abrir allí millares de sepulturas, conquistando el vencedor una corona sangrienta, cuyas manchas rojas nunca se limpian, y un duelo eterno, se presentan en el campo sus mujeres, y á fuerza de súplicas, lágrimas y caricias aplacan el furor de los guerreros, les hacen deponer las armas y reconciliarse.

¡Magnífico cuadro, que quisiéramos ver colocado en el sitio mas público de cada pueblo!

Hé aquí á la mujer ejerciendo su verdadera mision; hé aquí á unas mujeres que se presentan en medio de un campo de guerreros enemigos en el momento de ir á destrozarse; y sin llevar otras armas que las invencibles que la naturaleza ha dado á la mujer, sin emplear mas que súplicas elocuentes, lágrimas sinceras y caricias bondadosas, atraen al corazon de aquellos ásperos guerreros los nobles sentimientos de la generosidad, de la amistad; y los que iban á matarse, se abrazan.

¡Lástima que la historia no nos transmitiese las palabras de aquellas Celtas, aquellos ruegos elocuentes, porque nacian del íntimo sentimiento que abrigaba un corazon; porque cuando el corazon siente, sabe la boca espresarse!

Súplicas, lágrimas y caricias: hé aquí un magnífico discurso, en el que se encierran todas las reglas oratorias. Las súplicas son el magnífico exordio que pre-

para el ánimo; las lágrimas, la proposicion que conmueve, y las caricias, el epílogo que decide, que consigue la mocion de afectos.

Los Celtas conocieron la trascendencia que tendría su encono, y reanudaron sus amistades; no olvidando en medio de su gozo á quienes debian tanto bien. Al restituirse al seno de sus familias, llevan á las mujeres en triunfo.

Desde entonces fué costumbre entre los Celtas, que siempre que deliberaban sobre algun importante asunto referente á la paz ó á la guerra, asistian sus mujeres al concurso, y cuando se suscitaba entre vecinos alguna diferencia, se dirimia tambien segun el parecer de las suyas.

No podia reconocerse mejor su prudencia, su juicio, su discrecion. Pero aun fueron mas allá: en un pacto que los Celtas hicieron con Anibal, se lee este artículo famoso:

—«Si algun Celta se quejase de haber recibido injuria de algun cartagines, sean jueces los magistrados de Cartago, ó los generales que estuvieren en España; pero si algun cartagines recibiese de los Celtas alguna manera de daño, JUZGUÉNLO LAS MUJERES DE LOS CELTAS.»

Este artículo nos presenta un rayo de luz para descubrir que el heroismo de las Celtas tuvo lugar en España, en la antigua Celtiberia.

Y no era solo en este punto donde la mujer era tan dignamente considerada. Los cartagineses y los galos hicieron un tratado, por el cual sometian sus diferencias á la decision de las mujeres.

Los Eleos, creyéndose ultrajados por los Pisanos, y habiendo pedido en vano satisfaccion al tirano de Pisa, convinieron con los habitantes de esta ciudad en

dejar la decision á diez y seis mujeres nombradas por cada una de las diez y seis ciudades.

El éxito no pudo ser mas plausible: de sus resultas se estableció un colegio especial de mujeres para presidir los juegos Eleos y adjudicar el premio al mas digno.

A. Pirala.

## LITERATURA.

### DOS FLORES.

*A mi querida amiga la Maga de la montaña.*

Por ver si logro calmar  
tus penas, mi dulce amiga,  
y adormir por un instante  
de tu corazon las cuitas,  
una historia de dos flores,  
tan verdadera y sentida  
que mi pecho se conmueve  
cuando pienso referirla,  
á los débiles acentos  
te cantaré de mi lira.

Mis tristes flores nacieron,  
aunque en regiones distintas,  
con igual aciaga estrella,  
y á sufrir las ansias mismas.  
Una sola diferencia  
entre las dos existía,  
y era, que en régio pensil  
la una brillaba altiva  
como augusta soberana  
de cuanto la circunía,  
á la que hacian la corte  
parásitas florecillas  
que adulaban sus caprichos,  
y, con palabras mentidas,  
la hablaban de amor, tan solo

porque su favor querian,  
y la otra deslizaba  
la corriente de sus dias  
por medio de agreste valle  
en la dulce compañía  
de otras mil modestas flores,  
almas cual ella sencillas,  
sin los vicios que atesora  
la cortesana pandilla,  
que su amistad anhelaban,  
porque la suerte enemiga  
que fortuna la negó,  
la hiciera en afectos rica.

Apenas el pié posaron  
en la senda de la vida,  
al encuentro les salieron  
amarguras á porfía;  
y aunque fuertes relucharon  
por vencerlas y rendirlas,  
tuvieron que sucumbir  
á su influencia maligna,  
y al mismo fin se acercaron,  
aunque por distintas vias,  
que fué el de perder su paz  
y del corazon la dicha.

Ambas á dos adoraron  
con la pasion mas activa  
á dos gallardos donceles,  
de los mejores envidia,  
y ambas á dos los perdieron....  
¡ Pobres flores de mi vida!  
cuántos, tras uno de gozo,  
os llegaron tristes dias!  
Todo fué para sus almas  
ventura, ilusion, delicias,  
en el brevisimo espacio  
de sus amorosas dichas,  
y todo fué luego llanto,  
desesperaciones, iras,  
contra el hado y contra sí,  
y amargas quejas perdidas,  
dias sin sol, noches místicas  
y dolores sin medida,  
cuando el galan adorado  
les robó la suerte impia.  
Entonces la diferencia

de sus clases respectivas  
 le hizo mas llevadera  
 á la una sus fatigas,  
 y á la otra mas crueles  
 aquellas congojas mismas:  
 porque aquella, si lloraba,  
 encontró en almas amigas  
 generosos sentimientos  
 que amenguaron sus desdichas;  
 y ésta, ¡infeliz! sospechando  
 de su corte la falsía,  
 en silencio devoró  
 de su existencia las cuitas,  
 llevando por siempre enjutas  
 sus abrasadas pupilas,  
 la muerte dentro del alma  
 y en los labios la sonrisa.  
 Así pasaron dos años,  
 cuatro, y diez pasado habian,  
 sin que un rayo de esperanza  
 brillára entre la neblina  
 que empañaba el claro cielo,  
 que fué un tiempo su delicia;  
 y la régia flor, cediendo  
 al tédio que la infundian  
 tanta ausencia y tal silencio,  
 doblaba su frente altiva,  
 pensando: solo en la tumba  
 tendrán fin ¡ay! mis desdichas.  
 Mas hé aquí que del valle  
 donde llevaban las brisas  
 en sus beligeras alas  
 los ayes con que solia  
 gemir sus penas, se alzó  
 una voz dulce y sentida,  
 que la dijo: no desmayes,  
 desolada florecilla,  
 ni cedas al desaliento  
 que siempre la ausencia inspira:  
 ten valor como hasta aquí,  
 que el garzon por quien deliras  
 te adora fiel, y por tí  
 diera gustoso la vida:  
 (¡ojalá y el que yo amé  
 me guardára la fé misma.)  
 Ten paciencia y esperanza,

que acaso llegará el día  
 que en un éxtasis de amor  
 vuestras almas confundidas  
 se olviden de sus dolores  
 y ya pasadas desdichas.  
 Entre tanto yo te ofrezco  
 ser tu fiel y eterna amiga:  
 yo, que como tú sufrí  
 del hado la saña impía,  
 y hoy vivo sin esperanzas  
 en mi patria peregrina,  
 acogeré tus suspiros,  
 y yo te daré noticias  
 del amor de tus amores,  
 que en mi valle se marchita,  
 porque no puede olvidar  
 el deber que aquí le fija.  
 Así te serán tus penas  
 mas dulces, y así las mias  
 perderán al consolarte,  
 la amargura de su acibar.  
 Esto la dijo; y de entonces,  
 una en otra sostenidas  
 por el misterioso influjo  
 de las perfumadas brisas,  
 que en su lenguaje armonioso  
 sus quejas las trasmitian,  
 sintieron desvanecerse  
 sus angustias infinitas.

.....  
 La historia de las dos flores  
 ten presente, amiga mia,  
 y fiada en mi cariño,  
 espera paciente el día  
 que á la régia flor predijo  
 la silvestre florecilla.

VICENTA GARCIA MIRANDA.

Mayo de 1853.

## EL ANIMA SOLA.

Novela original de

*Doña Dolustiana Armiño de Cuesta.*

(Continuación.)

## II.

*El Conejal.*

En una orilla de la ciudad de Salamanca, tocando ya á la antigua y caduca muralla, hay un barrio mezquino, formado por una multitud de casas bajas y de sucio aspecto, cuyas desvencijadas puertas y escasos ventanillos adornados con una faja de blanco, le dan todo el aire de una miserable aldea, incrustada entre dos pobres filigras. Este barrio irregular y sombrío lleva el nombre del Conejal, y en una de sus miserables casas vivía nuestra Azucena; nuestra *Anima sola*.

Cuando ésta llegó á la entrada de su pobre choza, en la tarde que dijimos en nuestro anterior capítulo, empujó suavemente una puertecilla en que había una cruz pintada groseramente con cal; entró en un pasadizo estrecho, y desapareció por una puerta que se veía á la izquierda.

Esta puerta daba entrada á la única habitación que había en la casa. Una cama de madera tosca, compuesta de un jergon de paja, y cubierta con una mala manta y dos sábanas groseras, una arca de pino ennegrecida ya por los años, y dos ó tres banquillos de madera sin pintar, componían todo el mueblaje de aquella pobre casa.

De pared á pared había una cuerda, en la que estaban colgadas una toalla y una basquiña de tela negra bastante ordinaria.

En el fondo del pasillo, y oscura como la boca de una mina, estaba la desierta co-

cina, de donde aquella hermosa jóven salía todos los días con los ojos hinchados por el humo.

Al ruido que hizo Azucena al entrar en casa, levántose de uno de los banquillos una viejecita de poca talla, y al parecer casi ciega, pues echó las manos hácia adelante, como queriendo buscar al que entraba.

—Ah! eres tú, niña, dijo acercándose á la jóven, ya estaba impaciente, porque está tan oscuro!.. anda, trae pronto una luz.

Azucena respondió como forzadamente algunas espresiones afectuosas y salió, volviendo á poco rato con una vela de sebo puesta en un candelero de hoja de lata, que colocó sobre el arca, y se sentó en uno de los banquillos con aire un poco mohino.

—Qué es eso, niña? le preguntó la anciana sorprendida. Cómo tan callada?

—Es qué.... es qué.... respondió la jóven tartamudeando, no todos los días del año son iguales, abuela.

—Pero qué te ha sucedido, hija mia? tú que nunca estás de mal humor.

La muchacha bajó la cabeza y no respondió.

—Pero dime, por Dios, qué te sucede?

Por toda respuesta, la jóven dejó rodar por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

—Gran Dios! exclamó la abuela asustada, qué te sucede?

Azucena se levantó, y estrechando con ternura las manos de su abuela.

—Nada, no me ha sucedido nada, le dijo, haciendo un esfuerzo para sonreírse.

Pero las lágrimas que brotaban en sus ojos cayeron sobre las manos de la anciana, que se retiró hácia atrás, diciendo con acento de reconvención:

—Lloras? lloras? Ah! Mariquita, algo hay aquí que yo no comprendo.

—Abuela, contestó la muchacha sollozando, el invierno se acerca y las dos nece-

sitamos abrigo. Yo, joven y robusta, podré acaso soportar el frío; pero vos, débil y anciana, oh! mal podreis soportarlo.

—Y por eso lloras, hija mia?

—Escuchad; hoy, esta mañana, cuando salíamos del taller, estuve en la tienda donde pagaba dos pesetas al mes en descuento de nuestra ropa, y al pedirles para vos un pañuelo de paño, ó una manita sayaguesa, me han vuelto la espalda encaminándome á otro comercio.

—Cómo! pues no se mostraban siempre tan buenos contigo?

—Sí, pero no quieren darme mas, porque hace cinco meses que no hemos podido pagar las dos pesetas. Los gastos que hemos tenido que hacer con vuestro mal de ojos nos lo han impedido.

—Ah! pobre hija mia!... yo soy la causa de todas tus desgracias. ¿Cómo te vestirás ahora? porque pagar esa deuda es imposible... imposible...

—Imposible, repitió la joven con acento desconsolador, porque nada podemos vender que valga dos duros.

La anciana levantó los ojos hacia la basquiña negra que colgaba de la cuerda, y se sonrió como un ciego que vislumbra la claridad; pero Azucena que comprendió su pensamiento, hizo un gesto tan espresamente negativo, que la vieja se encogió de hombros y calló.

Luego, recorriendo con la vista las paredes desnudas, escondió la cabeza entre sus manos descarnadas y empezó á llorar sordamente.

—Animo, abuela, ánimo, le dijo la joven costurera acercándose á ella y abrazándola con amargura. Al fin despues de tantos dias oscuros vendrá Antonio, y....

—Y estaré yo en otro mundo mejor, porque ¿cómo creés que yo pueda vivir cinco años? ah! esta idea me mata mas pron-

tó. ¡Sola, joven y pobre... María!... he visto á tantas ceder á la tentacion.

A esta idea que no se le habia ocurrido jamás, la joven dió un salto como una liebre herida, y se echó á llorar en brazos de su abuela.

Azucena, á la que su abuela llamaba comunmente María, no tenia mas parientes ni mas apoyo que aquella anciana pobre y medio ciega.

Su padre, antiguo empleado en Rentas Reales, que se habia casado enamorado con una hija de aquella pobre panadera, la habia dejado huérfana á la edad de diez años, viéndose la joven madre viuda y sola, obligada á guarecerse á la sombra del hogar materno con su graciosa niña, á la que por un capricho de su madrina habian puesto el nombre de Azucena.

Era esta niña gallarda y flexible como una palmera, de mirada fija é inteligente, y que sabia leer y escribir desde sus primeros años con la mayor perfeccion.

Al principio lloraba sencillamente al verse escondida en una pobre guarida del Conejal, luego se cansó de llorar, y pasaba el dia escribiendo ó leyendo al pié de la ventanilla de rejas. La necesidad la obligó por fin á entrar en un taller de modistas, y concluyó por acostumbrarse al trabajo, á los vestidos pobres, y á las privaciones permanentes que experimentan las familias que vulgarmente llamamos vergonzantes.

Casi al mismo tiempo que á Azucena y á su madre habia recogido la pobre panadera á un sobrino suyo, huérfano tambien como ella, y que contaba apenas dos años mas de edad.

La uniformidad de conocimientos, de gustos, y hasta de caracteres, hizo nacer entre los dos jóvenes una intimidad, que trocándose mas tarde en cariño, hizo concebir á las dos viudas los mas halagüeños proyec-

tos ; proyectos que la suerte se gozaba en deshacer como castillos de naipes.

Antonio era un jovencito alegre, de carácter vivo é impresionable, de tez morena y ojos castaños, pero de raza árabe, y sobre todo tenia la boca mas graciosa del mundo, entreabierta casi siempre para sonreirse.

Azucena, alegre tambien, pero de una belleza mas severa, era seria en sus modales, en sus gustos y hasta en sus alegrías.

Su carácter noble y enérgico arrastraba el carácter simpático de Antonio como el imán á la aguja; Antonio era su eco, su satélite, su sombra, pero no el eco de la adulacion, no el satélite fingido, sino el reflejo genuino de su carácter, de su vida entera. Y no se crea que para amoldar su genio al de la jóven, habia tenido necesidad de grandes esfuerzos de abnegacion, ni de sufrimiento, porque hallaba un placer real, una satisfaccion sin limites, en adivinar sus deseos y en admirar sus perfecciones.

Colocado desde la edad de doce años en el escritorio de un opulento comerciante, ganaba un sueldo mezquino, en verdad, pero que unido al jornal de Azucena y á las continuas fatigas de la panadera, les permitia ir pasando una vida llena de privaciones, pero honrada.

(Se continuará.)

### MES DE JUNIO.

Las pesadas y negras nubes del invierno desaparecieron del horizonte: la luz parece mas clara: los rayos del sol abrasan hasta las plantas: alegráos, niñas, que ya hemos entrado en la senda del verano: véis allá abajo, véis aquel tapiz de grana, pues son sus hijas las amapolas que salen á recibirlos. Oh! pues detrás siguen grupos de rosas y

claveles que parecen sonreir al vernos; sí, son nuestros amigos del año pasado que salen á festejarnos. ¡Cuánta felicidad el volvernos á encontrar! Corred, corred á abrazarlas, pues quizá el año que viene ya no podreis gozar de este mismo espectáculo!...

Junio es el mes mas á propósito del año para madrugar, pues como el calor aun es poco, el cuerpo no se siente agobiado bajo la presion de una elevada temperatura, como sucede en Julio y Agosto; por manera, que cumpliendo mi oferta de aconsejaros respecto la distribucion y aplicacion especial de los meses, en éste, despues del cuidado y labores de la casa, debeis ocuparos de los trajes de verano, aprovechando las primeras horas de la mañana, luego del paseo, que como principio higiénico os recomiendo; y digo que aprovecheis Junio para este trabajo, porque en el resto del verano, ni tendreis tiempo, ni ganas de ello, puesto que siendo la época, destinada á emigrar definitivamente de la ciudad, embelesadas con los variados goces del campo, todo os parecerá grato menos el trabajar. El verano puede llamarse el Domingo del año, y tanto es así, cuanto que, universidades, tribunales, bufetes, todos suspenden sus tareas y descansan; el literato arroja la pluma, el cómico abandona las tablas, y hasta el acomodado artesano deja su taller para salir al campo; luego si esta costumbre es una ley para todas las clases, no dudeis en aceptarla, y descansad tambien al arrullo de la brisa con el aroma de las flores y al armonioso canto del ruiseñor.

Respecto de las frutas os encargo como en el mes anterior, mucha precaucion en comerlas verdes, pues suelen originar cólicos y otras enfermedades de graves consecuencias, y aunque estén maduras evitar los excesos; y ya que de frutas hablo, como lo regular es que algun dia al saborearlas jugueteando en el jardin os mancheis la ropa con

zumo de éstas, bueno será indicar el medio de corregir el daño: en las telas de seda ó lana desaparece la mancha esponiendo la parte en que haya caído al vapor ó humo de azufre; y si procede de algun ácido fuerte, como citron, grosella, limon, etc., desaparecerá con la aplicacion del amoniaco.

En Junio se celebra la fiesta de San Juan, día de bullicio, precedido por una noche la mas alegre del año despues de la de Navidad; la Verbena de S. Juan es solemnizada por todos los pueblos de Europa con igual regocijo, segun su religion y costumbres. Esta fiesta es la línea divisoria del primer semestre del año: el labrador paga su arriendo, el propietario renueva sus contratos con el colono. ¿Y qué nos dice todo esto? que pasaron seis meses como un soplo, que del mismo modo desaparecerán los seis restantes, y tendremos un año mas y una ilusion menos.

*Emilio de Tamarit.*

### Explicacion del Figurin.

**FIG. 1.<sup>a</sup> Traje de visita.**—Vestido de tafetan azul, con dibujos, á disposicion, de terciopelo negro.

El cuerpo con aldeta, alto por detrás, es abierto por delante hasta mas abajo del pecho, y está guarnecido de un terciopelo negro angosto.

Con las tiras estrechas que llevan todos los cortes de vestido á disposicion se componen los demas adornos.

La falda está guarnecida de tres volantes correspondientes.

El cuello es de encaje, lo mismo que la pechera, puesta en un fichú de tul. Mangas de tul, formando dos huecos, entre los cuales se coloca un volante de encaje: otro mas estrecho viene á cerrar el puño.

**FIG. 2.<sup>a</sup> Traje de casa.**—Vestido de muselina de la India, lisa. El cuerpo alto y

fruncido, con un encaje en el cuello. Manga ancha y cerrada en el antebrazo, con un puño guarnecido de un encaje angosto. Falda con mucho vuelo, lisa, y con un jareton ancho.

Delantal de tafetan, color de rosa, con cuerpo y falda: las hombreras y escotado del cuerpo están guarnecidas de un rizado de cinta. La falda está fruncida en el talle, guarnecida del mismo rizado y es una cuarta mas corta que el vestido: cierra por detrás, sujeta con cuatro lazos de cinta. Los bolsillos, abiertos en la tela, son rectos y están rodeados de botoncitos de seda; en su parte inferior se coloca un lazo.

Mitones de blonda negra ó de malla.

Este traje conviene á una jóven de quince á diez y ocho años.

**FIG. 3.<sup>a</sup> Traje de niño.**—Sombrero de seda, blanco, á lo Enrique III, guarnecido de cinta y con una pluma.

Camiseta de batista con plegado ancho, y cerrada en el cuello con una colereta bordada.

Vestido de popelina, gris perla, bordado de trencilla encarnada y blanca. El cuerpo, que figura casaca, con chaleco igual, termina por detrás en una aldeta encañonada.

Pantalon de batista, con entredos bordados.

### ADVERTENCIA.

Habiendo recibido con algun dia de anticipacion el Figurin de este mes, tenemos el gusto de repartirlo con este número.

A nuestras Suscriptoras de Madrid que pasan á provincias en la temporada de verano se les remitirá el periódico al punto que designen sin ningun aumento de precio.



363

# LE MONITEUR DE LA MODE

Costume de M<sup>lle</sup> Nathalie (Maison Huchez) rue Richelieu, 37. Etoffes à Disposition de la Maison  
 Delisle rue S<sup>te</sup> Anne et rue de Choiseul. Costume d'enfant de M<sup>me</sup> Leroy (au Zéphir) B<sup>l</sup> des Capucines, 7.  
 Parfums de Begrand rue S<sup>te</sup> Honoré, 319. Etoffes des Villes de France rue Vivienne et rue Richelieu.  
 Bijoux en Chaux de Lemoultier, et C<sup>ie</sup> rue du Vex S<sup>te</sup> Honoré, 9.

Ayuntamiento de Madrid

Paris Rue Richelieu, 92.



BIENOTECNA  
MUNICIPAL  
MADRID